

III Teologías de la Vida Religiosa.

- MÍSTICA Y PROFECÍA EN LA VIDA RELIGIOSA.

Siempre que se me pide abordar estos grandes temas, me invade algo como un terror sagrado ante la gravedad de lo que tocamos y la ligereza de nuestras palabras y de nuestras vidas. Pero, de esto mismo, precisamente, se trata. Por lo tanto, con modestia pero con convicción, me atrevo, una vez más a balbucear algunas cosas al respecto.

Algunas reflexiones previas.

En general, se suele presentar los dos términos de profecía y mística en una *tensión dialéctica*. Lo hice yo mismo en la propuesta que presenté en la última asamblea general de la CLAR. Pero, a la reflexión, me parece que se trata más bien de una sola realidad dinámica donde la profecía no es sino la *encarnación histórica* de la experiencia mística y esta el *alma* de la profecía. Si nos fijamos en los grandes profetas de la Escritura como en los profetas de hoy, constatamos esta evidencia: el mensaje, el testimonio y el compromiso del profeta no son otra cosa que el desborde incontrolable de su apasionada y, muchas veces trágica, experiencia de Dios. Pero esta presencia histórica es, a su vez, inspiración permanente de la intimidad con Dios, *lugar teológico*. En efecto, la profecía es la expresión típicamente judeocristiana de la mística con su dimensión específica de *encarnación*, inseparable de la experiencia espiritual personal y comunitaria propiamente dicha

Desde esta perspectiva encarnada, nos toca mirar la *crisis* actual del cristianismo en su conjunto y de la Vida Religiosa en particular, como una *crisis de encarnación*, crisis de esta unidad encarnada e histórica de la profecía y de la mística.

Finalmente, si bien es cierto que la Vida Religiosa no es sino una simple *dimensión de la vida eclesial y bautismal* de los cristianos, ni más ni menos, sin embargo, históricamente, por su carácter esencialmente carismático y “extremista”, ejerce el papel de *símbolo* de lo eclesial. Me quedaré, a lo largo de estas reflexiones, con esta visión simbólica de la Vida Religiosa en el concierto eclesial. Cuando hablo de *función simbólica*, la entiendo a la vez como *señal* de una utopía para el conjunto del Cuerpo de Cristo, pero también como *síntoma* de sus males y pecados.

El reto de la fe.

Con las precisiones que acabo de proponer, quiero entrar de golpe en el corazón de esta crisis. Me parece, en efecto que, tanto en la Iglesia como en la Vida Religiosa, lo que está gravemente enfermo es, ni más ni menos, la *experiencia de fe*. Dudo cada vez más que nuestras instituciones y nuestras comunidades como nosotros mismos como personas consagradas, sepamos todavía lo que es la fe, inspiradora de toda la vida. “Cuando vuelva el Hijo del Hombre” decía Jesús, “¿encontrará fe en la tierra?” Si volviera hoy entre nosotros ¿qué encontraría? Pues, ante los derrumbes y las muertes de múltiples aspectos de la vida cristiana, a nivel institucional, doctrinal o ético, nos resistimos a renunciar al viejo y cómodo discurso de nuestras *creencias*. Durante siglos, ¿acaso hemos hecho otra cosa que construir una casa pagana cristianizada? A lo largo de la historia del Cristianismo, el evangelio fue permanentemente traicionado en beneficio de las ventajas, en término de poder, de las estructuras mentales religiosas y

sociales paganas. La Vida Religiosa nació, precisamente, como denuncia de esta constante traición histórica de los cristianos y como reivindicación de una purificación radical de los comportamientos cristianos a la medida del evangelio. A lo largo de la historia de la Iglesia, los religiosos y religiosas hemos sido, con más o menos acierto, el antídoto más eficaz de las permanentes tentaciones mundanas de la Iglesia y del pueblo creyente. Nuestra vocación intra-ecclesial es recordar repetidamente y de mil maneras la exigencia de la fe en denuncia de todas sus caricaturas.

Pero, el itinerario de la fe es complejo. Se trata de una constante renuncia a todas las ilusiones míticas del pensamiento, del sentimiento y del poder para apostar mil veces por un acontecimiento, un encuentro, misterioso, austero pero fundante, con la persona de Jesucristo. Encuentro árido y demoledor de todos los templos construidos por manos humanas, para quedarnos con esta gran adoración samaritana en Espíritu y Verdad. La fe es siempre la *sorpresa del surgimiento de alguien*, Jesús de Nazaret, que deja en la obsolescencia definitiva todas nuestras ilusiones, hasta las más nobles y generosas como en el caso del joven rico.

En este sentido, la *posmodernidad* es el tiempo de todos los derrumbes para dejarnos completamente desnudos ante la oscuridad y la exigencia fundamental de nuestra fe. Todas nuestras imágenes de Dios, de lo humano y del universo se nos caen estrepitosamente para dejarnos con Jesús solo, como los discípulos al bajar del Tabor.

Nuestra crisis histórica no tiene que ver tanto con el derrumbe en sí, que, desde el evangelio, es, en definitiva, una buena noticia para los cristianos, sino con nuestra resistencia a ceder, a renunciar, a soltar para aventurarnos en la simple desnudez de la fe en Jesús y su locura de la Cruz. La nuestra, sí, es una radical y dramática *crisis de fe*.

Un discipulado de la Vida Religiosa a la manera de Jesús: banalidad, tradición y marginalidad.

Al diagnóstico que acabo de proponer de una crisis de fe en la Iglesia, crisis que tiene que ver, con toda evidencia, con la experiencia mística, quiero añadir una segunda evaluación desde lo *ético*. Creo cada vez más que el drama del mundo contemporáneo es esencialmente el desierto ético que dejó a su paso el salto de la modernidad a la posmodernidad. Podemos aplicar el mismo criterio a la crisis eclesial que nos ocupa. Para nosotros también es preciso reconocer un *drama ético* global de la institución y de nuestra Vida Consagrada. Si la misión místico-profética de la Iglesia tiene que ver con la encarnación de la experiencia de Dios, no es de asombrarse que la crisis de fe, es decir de la experiencia de Dios, desemboque a su vez en una crisis ética, la enfermedad de los comportamientos morales y sociales que brotan de esta experiencia espiritual.

Volver a encarnar nuestra vocación profética y mística implica retornar por el camino de Galilea y poner de nuevo nuestros pasos en los pasos de los discípulos de Jesús. Nos urge reaprender, desde allí, el sentido profundamente ético de nuestro compromiso. Redescubrir la experiencia del *seguimiento* supone, en primer lugar, buscar nuevamente los caminos olvidados del propio Jesús.

Propongo visitar tres itinerarios fundamentales de Jesús para reanudar con la experiencia dinámica de la encarnación: su *nazareneidad*, su *judeidad* y su *marginalidad*¹.

Jesús fue primero y esencialmente nazareno. Este apodo es el único que lo acompañó hasta la cruz y es a partir de su dejo galileo que los apóstoles fueron denunciados como parte de su grupo. Esta *nazaraneidad* que el Señor reivindicó siempre, se relaciona con el único título cristológico que Él mismo se atribuyó: el Hijo del Hombre, es decir el “plenamente y simplemente hombre” pero también el “hombre por excelencia”. Redescubrir con Jesús nuestra *nazareneidad*, es aprender de nuevo de María y de José las cosas sencillas de lo cotidiano, lo elementalmente humano. Jesús tuvo que aprenderlo todo de Nazaret, de su familia, de su medio, de la calle, de la sinagoga de su pueblo. Allí aprendió el idioma con su dejo, las reglas de comportamientos morales, los prejuicios y los valores provinciales, la fe, el saber, la oración etc. Hemos perdido, en muchos aspectos, la modestia nazarena por vernos más como escribas, pedagogos, maestros. Nos cuesta comprender nuestra vocación como un constante aprendizaje del pueblo, en la pileta con María y sus vecinas, en la calle con los chibolos malcriados, en las lecturas sabatinas de una modesta sinagoga de pueblo perdido. La encarnación místico-profética comienza allí. No hay otro punto de partida.

Pero Jesús nunca renegó tampoco de su *judeidad*. Está hoy día comprobado que el Jesús histórico no imaginó crear una nueva religión. No venía para destruir sino para cumplir la Ley. Incluso, necesitó de la siro-fenicia creyente, de los samaritanos y samaritanas y del centurión piadoso para comprender que su misión no era exclusivamente judía. Lo que llamo aquí la *judeidad* es todo el mundo de la *tradicón* religiosa, cultural y ética. Jesús es un *heredero* y un conocedor humilde y profundo de todas las modalidades del pensamiento y del debate de su pueblo. Me atrevería a afirmar que el Señor no dijo nada que no estuviera en la Escritura y en lo más puro de la tradición de Israel. Más bien, es la resistencia de su entorno, básicamente desde el poder, resistencia tan semejante a la nuestra, la que, después de la desesperación encendida de Juan Bautista, provocó la sorpresa exasperada y entristecida del Señor. El Cristianismo como secesión del judaísmo sólo se comprende a partir de esta resistencia. La persecución tanto de los jefes judíos como del mundo romano es la que reveló lo inédito del mensaje de Jesús a partir de una relectura martirial de las primeras comunidades.

Me pregunto en qué medida no hemos perdido buena parte de las llaves de la tradición para quedarnos con recetas religiosas superficiales y recientes, muchas veces. ¿No estaremos resistiendo, inconscientemente, al radical cuestionamiento que supondría el reencuentro con nuestra propia *judeidad*, es decir nuestra tradición, nuestro origen profundo y simple a la vez? Me parece que nos hemos complicado y sofisticado tanto, con tantas condiciones, tantas búsquedas secundarias, tantas preocupaciones sin relación con lo esencial, que hemos perdido la sencillez, casi la simpleza de lo divino, el rumbo del cielo. Dios es infinitamente simple y encontrarnos con Él supone simplificarnos radicalmente, retornando a las fuentes modestas, profundas y límpidas de donde brotamos. Replantarse todo en *perspectiva de Reino* y abandonar todas las miradas transversales, el errar por las ramas que nos alejan del tronco sólido y elemental de la fe: ahí está el secreto de nuestra resurrección. Pero resistimos...

¹ Me refiero aquí a la obra reciente del exegeta J.P. Maier: “Jesús, un judío marginal”

Pero, como nos dice Maier, Jesús fue también un marginal, tanto en Nazaret con su familia y su medio, como en el mundo judío en general. Esta *marginalidad* le viene de su radical *libertad*. Por una parte no estaba enfeudado a ninguna escuela particular y nunca ocultó su laicidad, es decir su absoluta falta de legitimidad religiosa desde la lógica del templo. Otra cosa es que los evangelistas hayan buscado legitimarlo post mortem haciéndolo descendiente de David. No entro en esta discusión y no me pronuncio sobre la genealogía real del Nazareno. Lo único que afirmo es que, en vida, esta falta de legitimidad fue la que lo llevó a la cruz.

La marginalidad-libertad de Jesús es acompañada de una desconcertante *ingenuidad* en sus comportamientos y palabras. Cuando nos invita a volvernos niños, no dice otra cosa que: “imítenme”. ¿Cómo se le ocurrieron tales frecuentaciones sociales públicas con los pecadores, los intocables de su época? ¿Cómo se atrevió a transgredir de tantas maneras las buenas maneras y las normas mínimas de un sistema que Él mismo conocía perfectamente por haberlo aprendido en Nazaret? Me atrevería a hablar de una consciente, lúcida, voluntaria y recalcitrante ingenuidad de Jesús que bordeaba la provocación y el humor más descarado.

Es necesario también preguntarnos por nuestra *marginalidad* y nuestra *libertad*. Si examinamos la historia de nuestro origen, toparemos con esta ingenuidad consciente, a la vez provocadora y llena de libertad humorística, de nuestros fundadores y de sus primeros seguidores. Esta libertad era la señal más patente de su experiencia mística. Al mirar la Vida Consagrada de hoy, me doy con la sorpresa opuesta. ¡Qué conformes estamos, qué tranquilizadores y serios, qué cumplidos, en una palabra: qué aburridos para el mundo! De marginales no nos queda gran cosa, por lo menos en el contexto latinoamericano.

De san Benito dice san Gregorio que, asustado por la decadencia de Roma, “prefirió ser un ignorante sabio que un sabio ignorante”. ¿De qué lado de la frontera nos encontramos? Y eso que la Vida Consagrada, en todos los casos, comenzó como una rebeldía, una indignación una compasión ante todas las formas más variadas de exclusión.

Los fundamentos de la experiencia místico - profética.

Con el horizonte del *seguimiento nazareno, judío y marginal* de Jesús, volvamos a los términos de la temática de esta reflexión sobre *encarnación del evangelio: la experiencia místico - profética*. Lo que llamamos aquí experiencia mística es el encuentro múltiple con Dios en la vida real cuya consecuencia inmediata es un compromiso ético activo en la historia, compromiso que llamamos profecía.

La experiencia mística tiene siempre los mismos rasgos en la Tradición cristiana: es sorpresiva y sin embargo iluminadora. Surge de una coyuntura, tanto eclesial como mundana, de profunda insatisfacción moral y espiritual. Es dolorosa y gozosa a la vez; misteriosa pero también evidente, inexpresable y también incontenible.

Por otra parte, es única, es decir condicionada por la estructura de personalidad de quien la vive², y sin embargo inscrita en la Tradición eclesial universal. Finalmente es

² Muchos estudios psicológicos y psicoanalíticos han analizado minuciosamente estos tipos de personalidades, lo que no quita nada a la verdad de la experiencia subjetiva vivida y a su impacto tanto personal como colectivo sobre la historia.

fundante y transformadora de la vida de quienes la viven. Uno es “otro” después de haberla experimentado. Pablo expresará esta novedad mística de manera sublime en estos términos: “Para mí vivir es Cristo y morir sería una ganancia” y también: “Considero todo como basura en comparación de la posesión de Cristo Jesús mi Señor”. Fuera de esta radicalidad no se puede hablar con verdad de experiencia mística sino, simplemente, de sensibilidad religiosa o espiritual.

Es en confrontación con esta grandiosa y exigente aventura que me atrevo a preguntar si realmente la Vida Religiosa contemporánea es todavía una vida mística o si se reduce a pequeñas cositas espirituales buenas, válidas en sí, pero no transformadoras ni fundantes.

¿En qué medida, por ejemplo, podríamos decir como Pablo que “todo lo consideramos en adelante como basura” cuando estamos condicionados por tantas ataduras intelectuales, materiales, afectivas, espirituales e institucionales?

Me atrevería aún a preguntar si nuestros estilos y estructuras de vida son realmente propicios para una verdadera experiencia mística de este calibre o sólo favorecen experiencias espirituales válidas, por cierto, pero cortas. Hasta me pregunto si alguien que se acerque a nosotros para responder a la exigencia de un verdadero acontecimiento místico en su vida, encontraría entre nosotros un terreno favorable para crecer desde allí o si no acabaría, más bien, ahogando el fuego en la dilución de un cotidiano comunitario, orante, pastoral e intelectual mezquino y sin trascendencia.

Se me ocurre a veces imaginar que invitemos, para escucharlo/as, a aquellos y aquellas que, después de haber puesto todo su entusiasmo en nuestras propuestas y haberse entregado del todo y sinceramente al Señor en ellas, acabaron saliendo decepcionados y frustrados. No hablo que los que se equivocaron y buscaron otro camino ni de los tropiezos fatales de algunas vidas, sino de estos entre los mejores de nuestras hermanas y hermanos que no quisieron, después de muchos esfuerzos y combates, dejarse ahogar definitivamente en el horizonte estrecho de nuestras preocupaciones, ambiciones y confrontaciones sin relevancia en término de Reino. Qué bueno sería escuchar y dejarnos interrogar.

Desde la *perspectiva profética*, ahora, esta estrechez mística trae consigo una preocupante mediocridad ética. No son pocas nuestras pequeñas o grandes incoherencias prácticas, nuestras concesiones sutiles al espíritu del mundo. En este sentido, es urgente limpiar la casa primero antes de pretender dar un testimonio profético que nuestras vidas contradicen en los hechos. Pienso en particular en la formación, terreno donde, desde varios años, estamos invirtiendo mucha energía, pasión y plata. ¿Estamos mejor al respecto que antes? O tenemos que reconocer un impasse allí también. Aquí pienso más especialmente en la Vida Religiosa masculina, profundamente perturbada por el clericalismo individualista, atravesada por las más graves incoherencias morales. El origen de esta situación, en muchos aspectos decadente, está en la pérdida de centralidad de lo místico en nuestras instituciones y comunidades, lo cual diluye y echa a perder el filo profético de nuestras acciones y discursos.

Paradigmas místicos y experiencia carismática en la Vida Religiosa.

Lo que precede puede sonar a pesimismo o a severidad exagerada. Dejo a cada uno la libertad de discernir desde su propia experiencia. Por mi parte me siento, como religioso y como Vida Religiosa, en la situación de las Iglesias a las que se dirigen algunas cartas del Apocalipsis. Como Éfeso que perdió su amor primero o, quizás peor, como Laodicea vomitada por motivo de tibieza y de mediocridad. Si mis palabras son severas es porque están preocupadas por la esperanza de la que somos depositarios. ¡Cómo quisiera que el Señor vuelva a llamar a la puerta para sentarse a la mesa de la Vida Consagrada y compartir amorosamente nuestra cena! Es aquello que espero con ansiedad y fe. Y para preparar esta visita me propongo replantear aquí el reto místico para nosotros al proponer cuatro paradigmas del Nuevo Testamento.

El paradigma de la *cuatro de la tarde*, como en el capítulo primero de san Juan, nos incita a retornar a una verdadera experiencia de *intimidad* personal y comunitaria con el Señor. Los dos primeros discípulos, al ser interrogados por Jesús sobre lo que buscaban, manifiestan su único deseo: conocer y compartir la morada de Jesús. A este pedido el Maestro responde por una invitación audaz de venir y ver. Nadie sabe lo que pasó en este encuentro pero debe haber sido bien intenso para provocar una transformación tan radical en los discípulos y un testimonio tan profético en adelante. ¿Cómo reactivar nuestros carismas desde una renovada experiencia de las cuatro de la tarde en la Vida Consagrada?

Para Pablo, en cambio, la experiencia mística fundante fue un “encontrón” violento en el camino de Damasco. El *paradigma de Damasco* plantea el encuentro místico como conversión, caída de la montura de nuestras certezas y seguridades. En el paisaje de Vida Religiosa descrito más arriba, este paradigma místico es probablemente el más adecuado. Necesitamos esta ceguera temporal de Saulo para dejarnos guiar por el pueblo y la Iglesia hacia un profetismo modesto. Necesitamos urgentemente que alguien nos unte los ojos para que empecemos a ver diferentemente.

La experiencia de Natanael bajo la *higuera* no falta de actualidad tampoco. Envuelto de escepticismo, Natanael de Cana se dejó sorprender, sin embargo, en algún punto débil y vulnerable de su más secreta intimidad. A la Vida Consagrada no le faltan espacios frescos y vulnerables, higueras secretas, manantiales que, secretamente, esperan al aguatero que los hará brotar. La higuera es esta fidelidad discreta y simple de los consagrados, esta humilde terquedad en el amor que, al ser encontrada por el Señor, puede volver a florecer en entusiasmo juvenil olvidado.

Finalmente, pienso en María en la banalidad de su casa, encontrándose con el ángel de la Anunciación. El *paradigma de Nazaret* tiene que ver con la sorpresa de Dios en lo cotidiano, en la vida diaria. Devolver a nuestras relaciones fraternas, nuestras tareas domésticas y nuestros servicios humildes su valor de eternidad; reaprender el sabor a Reino de lo más simple; dejarnos anunciar maravillas desde la discreción radical de nuestras pequeñas vidas humanas. Lo que en otros momentos llamamos los pequeños relatos está cargado de mística. La gente sencilla que nos rodea puede iniciarnos de nuevo a las anunciaciones de cada día.

Conclusión: refundación como urgencia de un nuevo encuentro para un nuevo testimonio.

Si el quid de la crisis que venimos atravesando tiene que ver con *la fe y la ética*, como lo pretendemos desde un comienzo, entonces hablar de refundación significa propiciar

un nuevo encuentro con Cristo. Necesitamos, personalmente y como Vida Religiosa en su conjunto, un *segundo enamoramiento*. Somos un poco como estas parejas, fieles, por cierto, pero ya envejecidas en la relación, estancadas en la rutina del amor. Como la mujer adúltera de Oseas, necesitamos de una nueva seducción, de un desierto para escuchar de nuevo al que nos habla al corazón.

Como la Samaritana, para nosotros también, quizás, es el tiempo de dejar nuestras jarras en el pozo, dejar nuestras actividades y ocupaciones para remotivarnos en lo esencial. Quizás no tenemos ya la hermosura de la juventud, como el laicado recién enamorado. Pero nuestra madurez, adquirida en la lucha y el sufrimiento, tiene para el Novio, el encanto de la sabiduría y de la fidelidad. Es el tiempo de partir por un nuevo viaje de boda, una luna de miel al mediodía, unas bodas de plata o de oro con aquél que tanto nos fascinó en un comienzo.

Nuestro nuevo testimonio profético sólo podrá nacer de esta nueva fuente. Volver a enamorarse, sí, para volver a una fecundidad gozosa y sencilla en el mundo y en la Iglesia.